

PRIMERA PARTE

DE LOS ROMANCES DE LA PEREGRINA DOCTORA.

Sacra Aurora luminarte,
que en este Alcazar supremo
pisas alfombras de Estrellas
con poder Trino y Eterno,
cercada de Serafines,
y de los Angeles bellos,
y los Querubines todos
con acordes instrumentos,
y con suaves melodias
os estan cantando versos,
diciendo: Rosa encarnada,
Sacra Aurora, Oliva, Cedro,
Madre de misericordia,
Cristal puro, claro Espejo,
adonde se está mirando
todo Celestial Imperio:
MARIA con vuestro Manto,
Virgen tapais todo el Cielo,
como el ave que en el nido,
con sus delicados vuelos
á sus hijos da calor,
y defiende del sereno.
Yo os ruego, Lucero claro,
Madre de Dios verdadero,
que pues amparais benigna
cuantos imploran tus ruegos,
ampareis vuestros devotos
con aqueste hermoso velo,
que no le caiga el rocío,
ni la mancha del veneno,
que así os lo pide un devoto
con cordialisimo afecto.
Y pues los Angeles todos
os estan cantando versos,
yo tambien quiero cantarle
á mi Auditorio discreto,
y ayudado de tu gracia,
podré salir de este empeño.
En la Ciudad de Lisboa,
en el Lusitano Reino,
vivia un gran Potentado,
tan noble y tan Caballero,
que General de las tropas
le hizo su Rey Don Pedro,
llamado Don Alejandro
de Figueroa y Sarmiento.
Este tal era casado:
con qué pena lo refiero!
con qué pesares lo digo!
y con qué dolor lo siento!
pues no queria decirlo,
que en lo interior de mi pecho
el corazon me palpita,
y á voces me está diciendo:
tente hombre, no lo digas,
sino deja ese suceso,
y pasate á otro romance;
mas ya no tiene remedio,
y es fuerza que lo declare,
aunque se enoje el silencio.

Casóse Don Alejandro
con un peregrino objeto,
con la mayor hermosura,
que habia en todo aquel Pueblo,
tan hermosa y tan bizarra,
que era otra segunda Venus,
no tiene que hacer con ella,
el mas hermoso Lucero,
llamada aquesta Deidad
Doña Inés Portocarrero.
Su Esposo pues, mas que amante
que adora sus pensamientos,
la tierra que pisa besa,
y de contínuo en su pecho
siempre la trae retratada,
para su mayor consuelo.
Este tal tiene un hermano
dentro de su Palacio mesmo,
llamado Don Federico,
que si tuviera veneno
en el sentido, y pudiera
matar con el pensamiento,
dias ha que lo tuviera
sepultado á los Infiernos.
Cuando su hermano salia
con los Ejércitos bellos,
él se quedaba en Palacio,
para despachar los pliegos.
Era Pirata de Esclavos,
y Verdugo de los Negros,
enfado de las Doncellas,
que le estaban asistiendo,
porque á todos les servia
de muy grande contrapeso:
que lo que pasa en Palacio
en todo se está metiendo.
Este tal se enamoró
con mal nacidos intentos,
de la muger de su hermano,
Doña Inés Portocarrero.
Anda triste y pensativo,
tan sin color, macilento,
que hasta las aves le enfadan,
que andan volando en el viento.
En fin se determinó
cierto dia entre los versos,
que su Esposo la escribió
ponerla un papel en medio,
dando parte de su amor
con depravados intentos.
Tomó Doña Inés las cartas
con alegría y contento,
por ser de Don Alejandro
su Esposo y querido dueño.
Estábalas repasando,
y reparó en aquel pliego,
que estaba muy poco hollado,
y escrito no mucho tiempo.
Puso los ojos en él,
y comenzando á leerlo,
en su presencia lo arroja
hecho pedazos al viento.
Detente, muger heróica,
guarda el papel en tu pecho,
que puede ser que te sirva
algun dia de provecho:
pero ya en fin le rompió:
qué lástima! no hay remedio.
Mas viendo Don Federico,
el desaire que le ha hecho,
colérico y enojado
brota por los ojos fuego;
mas ella le reprehende,
y á solas le está diciendo:
Quien ha de guardar mi honor,
quiere ofender mi respeto?
Vaya usted, Don Federico,
mire que se agravia el Cielo,
de que usted contra su hermano
proceda en malos intentos.
No le quiso decir mas,
él se metió en su aposento,
maldiciendo su fortuna,
jura por los altos Cielos,
que á pesar de todo el mundo,
ha de lograr sus deseos.
Miró Doña Inés un dia
á Don Federico atento,
y le vido que traia
el rostro muy descompuesto,
y que le estaba brotando
la ponzoña y el veneno;
mas ella como discreta,
entre sí estaba diciendo:
aqueste quiere intentar
un villano atrevimiento;
pero antes que lo ejecute,
yo quiero poner remedio.

Mandó al punto que viniesen
Albañiles y Arquitectos,
y que en medio del Jardin
hicieran de jaspe negro
una bóbeda curiosa,
pintada con azulejos,
cuanto cupiese una cama,
mesa, silla é instrumento,
y que á la puerta le pongan
unas barretas de hierro,
cuanto pudiesen por ellas
meter el mantenimiento,
con su golpe como carcel,
el pestillo fuerte y recio.
Ya que estaba aderezado
con su cama y lucimiento,
llamando á Don Federico
Doña Inés Portocarrero
le dice: Hermano mio,
porque muy triste te veo,
quiero llevarte al jardin
á ver los arboles bellos,
verás una Arquitectura
hecha por un buen Maestro,
para en viniendo mi Esposo,
que salga á tomar el fresco.
Asi que oyó estas razones,
se alegró tanto en estremo,
que entendió ya que la nieve
la iba derritiendo el tiempo.
Se fueron hácia el jardin,
viendo aquel cristal ameno
con la cama tan curiosa,
le dió el corazon un vuelco,
diciendo: Aquesta es mi suerte,
hoy se logran mis deseos.
Dijo entonces Doña Inés
con engañosos intentos:
Hermano, por divertirnos,
tocad aqueste instrumento,
mientras yo cojo unas flores
de aqueste florido huerto.
Hízolo luego al instante,
y apenas lo vido dentro,
cuando cerrando la puerta
con tan varonil esfuerzo,
que quedando el golpe echado,
quedó Federico preso,
diciéndole: asi se pagan
osados atrevimientos.
Oyendo aquestas razones,
tiró al suelo el instrumento,
escarva, bufa y patea,
parece un Leon sangriento,
jura que se ha de vengar
á pesar del mundo entero.
(Si ella el papel no rompiera,
no se viera en tal espejo.)
Doña Inés se retiró
dejandole en cautiverio.
Venian, pues, á Palacio
visitas de Caballeros,
y Señores principales
de sus parientes y deudos,
y preguntando por él,
dice Doña Inés á esto,
que le ha dado un accidente
y un frenesí descompuesto,
que allí le tiene metido
para tenerlo sujeto,
que los regalos del mundo
de sobra los tiene dentro.
Desde entonces Doña Inés
despachó todos los pliegos,
diciendo, que está su hermano
melancólico y enfermo.
Allí le tuvo seis meses,
y sabiendo por muy cierto
como el campo se levanta,
y que los Reyes hicieron
treguas por otros seis meses,
y que próspero y contento
viene ya Don Alejandro
echando plumas al viento,
fué la noble Doña Inés
derecha al encerramiento
donde está Don Federico:
llevóle un vestido nuevo,
un caballo enjaezado,
la peluca, y el sombrero,
y un Barbero que lo afeite,
y que saliese ligero
á recibir á su hermano,
y que guardase silencio
de todo lo sucedido,
que ella promete lo mesmo,
pues lo que ha hecho con él
debe mucho agradecerlo.

y con esto abrió la puerta,
auque con algun recelo.
El no se quiso vestir,
que con el ropage mesmo
y sin afeitarse, monta
en un Andaluz soberbio.
El hermano que lo vido
tan abominable y feo,
le dice: Hermano mio,
cómo venis tan horrendo?
qué pesares te molestan?
qué disfrazes son aquestos?
entonces le respondió
de esta manera diciendo:
Tu esposa tiene la culpa
de verme como me veo,
porque no hice su gusto,
que descansando en mi lecho
una noche me insistió,
echandome mil requiebros;
pero yo la respondí
dándola dos mil consejos,
y por aquesa ocasion,
me ha dado tanto tormento,
pues me ha tenido hasta ahora,
en un mausoleo preso.
Don Alejando que escucha
tan terrible atrevimiento,
como un marmol se quedó
un largo rato suspenso,
que quisiera que el Abismo
la sepultára en su centro.
Determinó ir á su casa
fatigado de tormentos,
y entrando por el Palacio,
le salió al recibimiento
aquella blanca azucena,
aquella joya sin precio,
á recibirle en sus brazos
del alma, y él con despego
le pegó una bofetada,
con injuria de los Cielos.
El por no ver su hermosura
mandó que cuatro Monteros
(que eran hombres de mal alma)
la llevasen á un destierro,
y que la saquen los ojos,
y el corazon de su centro,
y en un paño se lo traigan
para quedar satisfecho.
Qué lástima! qué dolor!
qué pena! qué sentimiento!
ó qué injusticia! ó qué agravio!
qué castigo sin deberlo!
Salen una noche triste
amparados del silencio
aquellos facinerosos,
y antes que rompiera el Febo,
en un monte se hallaron
tan encumbrado y espeso,
que aquel dorado Planeta,
que vive en el cuarto Cielo,
no ha podido con sus rayos
descubrirle sus cimientos.
Estando en aqueste sitio
arrimada á un duro fresno,
antes de darle la muerte,
quisieron gozar primero
aquella prenda del Orbe,
aquella prenda sin precio.
Arman tan cruel batalla,
sobre el que ha de ser primero,
que los cuatro parecian
unos lobos carniceros;
pero la Vírgen MARIA
los aires bajó rompiendo,
con su hijo de la mano,
Sacro Niño, Rey Immenso,
la dice: devota mia,
libre estás, no tengas miedo,
que yo vendré á visitarte,
aunque yo nunca te dejo:
un Leon te ha de traer
muy alhagüeño el sustento,
y aqueste te ha de guardar,
que estés velando, ó durmiendo.
La Vírgen y el bello Niño
de allí desaparecieron,
quedándose Doña Inés
confusa en su pensamiento,
por saber de que un Leon
la ha de dar el alimento.
En el segundo Romance
dará Juan Miguel del Fuego
á todo el oyente gusto
del suceso verdadero.

FIN.



SEGUNDA PARTE

DE LOS ROMANCES DE LA PEREGRINA DOCTORA.

Vamos ahora á los cuatro,
que se quedaron riñendo,
que entre los tres dieron muerte
al que era mayoral de ellos,
y los otros tres se hallaron
la jaula sin el gilguero:
la buscaron por el monte
como caballos sin freno,
mas viendo que no la hallan,
hicieron este concepto:
Muy bien habemos quedado
qué buena cuenta daremes
allá de nuestras personas
del encargo que traemos?
lo que podemos hacer
con este difunto cuerpo,
será sacarle los ojos
y el corazon, y en un lienzo
se lo podemos llevar,
y cumpliremos con este:
en breve lo ejecutaron,
que fue diciendo y haciendo,
Dan la vuelta hácia Palacio,
y entregan en el pañuelo
el corazon y los ojos
á Don Alejandro, y luego
con cuidado preguntó
por el otro compañero:
todos juntos á una voz
estas palabras dijeron:
Tambien se quedó en el monte,
porque quiso muy soberbio
profanar á Doña Inés,
y lo matamos por eso,
y en el monte se quedó
por andar tan descompuesto.
Volvamos á Doña Inés,
que estaba tomando el fresco
sentada junto á una fuente:
volviendo el rostro sereno,
vido venir al Leon,
tan galan, tan halagüeño,
tan hermoso, tan bizarro,
que daba contento el verlo,
y que en la boca traia
un canastillo pequeño
hecho con dos mil primores,
todo de viandas lleno,
que para ella y el Leon
es suficiente alimento.

Hizola una cortesia,
y lamiendola los dedos,
la entregó el canastillo
á su Señora, y su dueño,
y á la puerta de la cueva,
paseandose y rugiendo,
anda hecho centinela
guardandola muy atento.
Al otro dia siguiente
volvia á hacer lo mesmo,
tomaba su canastillo,
y en breve espacio de tiempo
venia con las viandas,
mas que el Alva transcendiendo:
pasaban todos los dias
las cosas que aqui refiero.
Vamos á D. Federico,
que preguntó á los Monteros,
si es verdad que la mataron,
que les guardará el secreto,
y que tambien les dará
gran cantidad de dinero.
Todos dijeron, que no,
y contaronle el suceso,
como se quedó en el monte
sin agraviarle en un pelo.
Don Federico responde:
En el alma lo agradezco:
todos juntos hemos de ir
á buscarla muy de cierto,
antes hoy, que no mañana,
y á mi hermano le diremos,
que á una rica montería
voy con otros Caballeros.
Salen de palacio, y llegan
al segundo Pirineo
de aquel encumbrado risco
peñas y montes batiendo:
mas quiso su mala suerte,
que con la bóveda dieron
donde Doña Inés estaba,
para su perdicion de ellos,
pues el Leon que los vido,
muy enojado y sangriento,
á los tres despedazó
en menos que pudo un Credo
rezarse en breve: y el otro,
aunque vivo, casi muerto:
mas Doña Inés le libró,
que hiciera con él lo mesmo,
porque era Don Federico,
y lo conocio al momento:
no cupo en su pecho noble
aquel refran verdadero,
porque ella la mala obra
la pagó con buen estremo.
Dá la vuelta hácia Palacio
con mentiras y embelecos,
diciendo: que un javalí
le mató los compañeros,
y que él con cinco heridas
se subió encima de un Cerro,
y que de allí se escapó
de aquel animal sobervio.
Dejemos ya tanta prosa,
no quiero ser mas molesto,
no me diga mi Auditorio,
si es cabeza de proceso.
En un dia señalado
de la Encarnacion del Verbo,
se apareció á Doña Inés
la Virgen de los Remedios,
alegrando plantas, flores,
riscos, valles, y desiertos,
diciendola: Dios te salve,
hija, yá se llegó el tiempo
de que dejes este sitio,
y te vayas á tu Pueblo,
y curarás á tu esposo,
que dias ha que está enfermo,

y tambien á tu cuñado,
que las heridas vertiendo
todavia le estan sangre,
y perdónale sus yerros;
el Leon que te ha traido
el cuotidiano alimento,
ha sido por mi mandato:
que asi pago cuando quiero,
reservando á mis devotos
de este semejante riesgo.
Con esto le dió la Virgen
un vasito muy pequeño
lleno de bálsamo heróico,
que vale mas que un Imperio,
y luego desaparecen.
Vírgen y Leon á un tiempo,
quedandose Doña Inés
metida en un pasagero
camino que vá á Lisboa,
con un báculo y sombrero,
y peregrinando llega
á dicha Ciudad á tiempo,
que en breves dias curó
muy grande copia de enfermos,
sin que el bálsamo precioso
se menoscabara un pelo.
La Ciudad toda admirada
de la Peregrina, viendo
los enfermos que curaba
tan consumidos y secos;
y luego los via sanos
dentro de muy breve tiempo.
Vá la nueva al General
Don Alejandro Sarmiento,
que estaba ya desauciado
de los libros de Galeno,
y juntamente á su hermano:
al instante previnieron
un coche con cuatro mulas,
salen por la Ciudad ciegos,
buscando la Peregrina,
preguntando á todo el pueblo.
Vinieron á dar con ella
en el Sagrado Convento
de Religiosas Descalzas
que estaba con santo zelo
curando algunas enfermas
de tabardillos molestos.
Entre dos Comendadores
en el coche la metieron,
la llevaron á Palacio,
y visitando al enfermo,
tomandole el pulso dice:
Diga, Señor Caballero,
de qué pende esa dolencia?
él dice: De sentimiento,
y de un gran dolor continuo,
que desecharlo no puedo.
Entonces ella responde:
No es mucho ese sentimiento,
ni aqueste dolor es mucho,
puesque del dolor no ha muerto.
Apenas le echó en los labios
aquel bálsamo supremo,
se levantó, dando gracias
al divino Padre Eterno.
Queria irse al instante,
mas le atajaron los vuelos,
diciendo: Señora, tenga,
que hay que curar otro enfermo.
Entonces ella responde:
Por mi vida que no puedo
detenerme ni un instante,
ni yo á curarlo me atrevo,
si en público no confiesa
todas sus culpas y yerros.
Dijo el enfermo, que sí,
que estaba ya casi muerto,
hediendole las heridas
como á trescientos mil perros,

Mandó juntar la gente
de sus parientes y deudos,
hasta los mismos criados,
que en Palacio están sirviendo,
á todos pidió perdon,
pero á su hermano primero.
El hermano le perdona
al instante y al momento:
Hermano y Señor, tu esposa
era una joya sin precio,
era un arca de esmeraldas,
ejemplo de los ejemplos,
la virtud de las virtudes,
espejo de los espejos,
y yo tan vil criatura,
quise ofender tu respeto,
y por aquesta ocasion
me tuvo seis meses preso,
y yo por vengarme de ella,
le levanté el falso enredo.
Don Alejandro que escucha,
echa mano al fuerte acero
diciéndole: Vil hermano,
atrevido y desatento,
por haberte perdonado,
en tu sangre no me vengo.
Entonces la Peregrina
le fue untando con los dedos
las heridas, y al instante
se levantó sano y bueno.
Grande copia de doblones,
que pasaban de trescientos,
le dan á la Peregrina,
y ella haciendo meno precio,
dice: guarden las monedas,
quiten allá ese dinero,
que quizá les hará falta,
para sustentar los Negros.

Mas con cuidado miraba
el Don Alejandro atento
el rostro á la Peregrina,
y el traslado de su pecho.
Viendo que todo era uno,
se abrazó en vivos incendios,
la dice, Señora mia,
de qué patria, ó de qué Reyno
es usted, aunque perdone?
ella con suaves ecos,
le respondió: Señor mio,
yo soy de todos los Reinos,
vecina de todo el mundo,
y á mi me llaman por eso
la Peregrina Doctora,
sin interés de dinero,
la que curó á su marido,
y á su enemigo protervo.
Entonces Don Alejandro
le dió un abrazo muy tierno,
reconoció era su esposa
aquel hermoso portento.
La Ciudad toda admirada,
la gran maravilla viendo,
de puro contento lloran
y parece un Jubileo
de Damas y de Galanes,
y parientes que acudieron,
que en el Palacio no caben,
sabiendo aqueste suceso.
En la Ciudad de Lisboa
hacen fiestas y torneos,
toros y juegos de cañas,
comedias y pasatiempos.
Y ahora humilde y postrado
pide Juan Miguel del Fuego
á JESUS de que nos libre
del Demonio y sus enredos.

FIN.